La Inmaculada como buena noticia

La historia primordial que, en el libro del Génesis, nos narra los inicios de la Humanidad sobre la tierra, tiene que ser leída con la actitud de búsqueda y con la apertura de quien intenta descubrir qué es lo que Dios quiere comunicarnos sobre esa historia. En esa búsqueda tendremos que ser conscientes de que Dios se ha acomodado a hacernos esa comunicación utilizando un lenguaje popular, lleno de imágenes, detrás de las cuales ha de investigarse el contenido doctrinal.

A esta luz aparece que Dios no sólo creó al hombre, sino que ulteriormente lo puso en el paraíso (Gn 2, 8). Con el tema del paraíso quiere expresarse la situación extraordinaria de cercanía a Dios –situación que supera lo que es debido al hombre– con que comenzó la historia de la Humanidad. Esta situación extraordinaria se pierde por el pecado. Haber experimentado esta pérdida de cercanía a Dios pertenece a la amarga experiencia de la Humanidad primera: tras el pecado, «expulsóle Yahveh Elohim [al hombre] del vergel de Edén a trabajar la tierra, de que había sido tomado» (Gn 3, 24). Al pecado primero corresponde así (a no ser que intervenga la misericordia divina) que la historia consecutiva se desarrolle fuera del marco del paraíso. Pero, «aunque el hombre prevarica de este modo –en palabras de Juan Pablo II en su Exhortación *Reconciliatio et paenitentia*–, Dios persiste en el amor».

Dios «es rico en misericordia» (Ef 2, 4). La misericordia es aquel grado de amor que no se desalienta por la falta de correspondencia en el otro. Así Dios no se desalentó por el pecado de los primeros hombres (como más tarde tampoco se ha desalentado con la historia de pecado de la Humanidad posterior). Una vez que el hombre había abandonado la intimidad con Dios, sólo Dios podía restablecer la situación, y, de hecho, Él quiso restablecerla. Así lo anunció tras el pecado de los primeros hombres: «Establezco enemistad entre ti [la serpiente] y la mujer; entre tu linaje y su linaje; él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañar» (Gn 3, 15).

La serpiente era una divinidad pagana a la que se daba culto en Mesopotamia. Si recordamos que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento es una convicción constante que los dioses de los paganos son demonios, comprenderemos que una manera poética de expresar que el demonio tentó a los primeros hombres, es simplemente presentar a la serpiente como tentadora (dígase lo mismo del hecho de hacer de ella uno de los protagonistas del relato).

Yahveh anuncia su voluntad de intervenir para cambiar la situación, su voluntad de no dejar a la Humanidad sometida a la esclavitud del diablo. Según parece, fue el teólogo Lorenzo Rhetius el primero que llamó a este versículo el *Protoevangelio*, denominación que se ha difundido ampliamente en el uso teológico. La denominación corresponde a su contenido: «Pues merece el nombre de *Protoevangelio*, porque es el

Definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María

primer Evangelio esta buena noticia que alentó al género humano privado de la gracia de Dios». Este versículo «manifiesta la voluntad y el decreto de Dios acerca de nuestra eterna salvación por Cristo». La obra salvadora de Cristo reinstaura nuestra amistad con Dios, a la vez que establece, para todos aquellos que se abren a su gracia, una situación de enemistad con respecto al diablo.

La victoria definitiva tendrá como artífice a un descendiente de *la mujer*, que es Cristo. De hecho, «cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley» (Ga 4, 4-5). Por lo demás, los judíos, ya antes del nacimiento de Jesús, como consta por la traducción de este versículo al griego (traducción de los LXX), pensaban que éste era un versículo mesiánico; es decir, veían al Mesías en el descendiente de la mujer que había de aplastar el poder del demonio.

Pero es necesario dar un paso más: hay que subrayar que la primera buena noticia que la Humanidad recibió después del pecado, alude a una misteriosa mujer que había de estar en una situación de plena enemistad (enemistades totales) con la serpiente. Aunque Gn 3, 15 haya de entenderse descubriendo en Eva una primera realización de enemistad con el diablo, es en María en quien esa enemistad tiene completa y plena realización; Dios ha puesto en Ella la plenitud de enemistad con el demonio y la plenitud de amistad con Dios. Ya en las primeras páginas de la Biblia, en un pasaje que pertenece al documento yahvista, María es anunciada por Dios como Buena Noticia, como primer Evangelio, de salvación. Tener permanentes enemistades con el demonio es tanto como tener permanente amistad con Dios. Y es éste el primer rasgo que Dios nos revela de María, el rasgo que el Beato Pío IX quiso recoger al definir, como dogma, hace ahora 150 años, la Inmaculada Concepción de María: que «la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano». Dios comenzaba a construirse la maravilla que es su Madre. En realidad, el privilegio se prolongó en la carencia de todo pecado en toda su vida, pues María –afirma el Concilio de Basilea– «fue siempre inmune de toda culpa original y actual».

Esta plena santidad que Dios otorgó a su Madre ha hecho posible que María sea, como señalaban ya los Santos Padres en el siglo II, la nueva Eva unida al nuevo Adán, la mujer asociada a Cristo en la lucha y la victoria con que Cristo nos salva. Lo que la Sagrada Escritura nos dice de María en Gn 3, 15 contiene una buena noticia que hemos de recibir y celebrar con alegría.

Cándido Pozo S.J.

Para honor de la santa e indivisa Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y acrecentamiento de la religión cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra, declaramos, proclamamos y definimos que la doctrina
que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano,
está revelada por Dios y debe ser, por tanto, firme y constantemente creída por todos los fieles. Por lo cual, si alguno, lo que Dios no permita, pretendiere en su corazón sentir de modo distinto a como por Nos ha sido definido, sepa y tenga por cierto que está condenado por su propio juicio, que ha sufrido naufragio en la fe y se ha apartado de la unidad de la Iglesia, y que además, por el mismo hecho, se somete a sí mismo a las penas establecidas por el Derecho, si, lo que en su corazón siente, se atreviere a manifestarlo de palabra o por escrito o de cualquier otro modo externo.

Pio IX
de la Bula *Ineffabilis Deus*

El Papa ora ante la imagen de la Virgen en la gruta de Masavielle (Lourdes), donde la Señora dijo «Yo soy la Inmaculada Concepción»

Volver